

AMADO ALONSO ANTE EL POSITIVISMO

Francisco Abad

U.N.E.D.

A Juan Gutiérrez Cuadrado y Ana Blas

Como es sabido, Amado Alonso incluyó en la colección de volúmenes de «Filosofía y teoría del lenguaje» por él fundada y llevada a cabo, traducciones del *Curso saussureano* y de la *Filosofía del lenguaje* de Karl Vossler. El «Prólogo a la edición española» que antecede al texto de Saussure hace en sus primeras líneas una afirmación como esta: «El *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure —son las palabras de Amado Alonso— es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador. Es la suya una posición científica positivista»¹.

Las presentes líneas, aparecidas en 1945, se entienden mejor a la luz de otro escrito anterior de Amado, el «Prefacio» que puso a la obra mencionada de Vossler, que salió primero en Madrid y luego también en Buenos Aires ya con las páginas iniciales del filólogo navarro.

En su prefacio vossleriano Amado Alonso caracteriza a los neogramáticos y dice cómo para ellos las lenguas son productos históricos e historia perpetua, historia dependiente de un juego de determinaciones: cronológicas, geográficas, del sistema mismo, etc.; nos hallamos por tanto ante una concepción despersonalizada del lenguaje y determinista y positivista de la ciencia. Amado, de su parte, indica que resulta necesario hacer intervenir el espíritu de los hablantes en la historia del hablar².

¹ F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, 1981²¹, p. 7.

² K. Vossler, *Filosofía del lenguaje*, prólogo de Amado Alonso, Buenos Aires, 1963, pp. 9-12. El rechazo del positivismo estricto y en general de aspectos de la ciencia decimonónica, no obstante, no debe hacer olvidar lo que en torno a Ranke, Mommsen, Jacobo Grimm y bastantes otros nombres escribía Ortega y Gasset: «El gigantismo de esas figuras no es arbitrario. Aunque midiésemos sólo su fabulosa capacidad de trabajo y el tamaño natural de su producción, nos encontraríamos con lo hercúleo. Juntos representan uno de los cuatro o cinco grandes movimientos intelectuales que ha habido en la humanidad. En él quedaron los estudios históricos —la ocupación del hombre con el pasado humano— puestos en forma:

Destaca Amado Alonso también el positivismo de Saussure, quien se queda con el sistema de cada lengua mediante el que los hombres pueden hablar, pero no con el hablar de los hombres: «El positivista Saussure —dice— cree que, si la lingüística quiere constituirse en ciencia, tiene que someterse a las necesidades de las demás ciencias, que eran las de lo cuantitativo... Sólo de un objeto así despersonalizado y desespiritualizado se pueden obtener conocimientos de tipo mecánico-cuantitativo, que eran los únicos que el positivismo tenía por científicos»³.

Vossler por contra —sostendrá el filólogo navarro— hace de la lingüística una ciencia del espíritu, y en el todo del lenguaje busca de preferencia aquellos lados que están más cargados de espíritu⁴; en la misma traza, el propio Amado confesará años más tarde en una de las últimas páginas que escribió: «Mi gusto particular me ha llevado siempre, en la medida de mis fuerzas, a estudiar en las expresiones y en las categorías gramaticales la totalidad de sus contenidos, tratando de percibir y analizar su valor lingüístico entero», esto es, las sustancias afectivas, imaginativas, activas y asociativas que acompañan a la referencia lógica en el hablar⁵.

Amado Alonso sintetizaba en definitiva la esencia de las concepciones vosslerianas diciendo cómo para el maestro germano «la creación individual nace ya orientada por y hacia las condiciones del sistema espectante, y el sistema de la lengua no tiene ni posible funcionamiento ni posible historia más que gracias a la intervención de los individuos concretos que la hablan»; se trata pues de una lingüística concebida en tanto ciencia del espíritu⁶.

Puede por tanto mantenerse que «nunca parece pasar por la mente de Vossler la idea de renunciar a ninguna de las conquistas de la ciencia positiva; lo que Vossler denuncia es la insuficiencia de este tratamiento», y nos hallamos así —dice manifestando sus propias creencias Amado Alonso—

se entiende, en forma de ciencia, de juicio riguroso y seguro de sí mismo. Hasta entonces habían seguido confinados en la modalidad humanística que podemos designar como «erudición y coleccionismo». En poco tiempo —dos, tres generaciones— aquellos hombres elaboraron casi en perfección la mayor parte de las ciencias instrumentales históricas: lingüística, crítica de las fuentes o heurística, Paleografía, Diplomática, etc.». (José Ortega y Gasset, «Prólogo a “Introducción a las ciencias del espíritu”, por Wilhelm Dilthey», *O. C. VII*, Madrid, 1963, pp. 57-67: p. 66).

³ *Filosofía del lenguaje*, pp. 14-15.

⁴ *Ibid.*, p. 15.

⁵ A. Alonso, *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Madrid, 1961, p. 9. Sin duda nuestro autor escribe movido también por la impronta de Charles Bally, quien por ejemplo había dicho: «El lenguaje trata de reflejar fielmente... la vida real [...] El lenguaje refleja también, desde luego, el lado positivo de la vida, esa aspiración, esa necesidad perpetua de realizar un fin. Esta es la razón de ser de otro rasgo del lenguaje espontáneo, su carácter activo, es decir, esa tendencia que impulsa a la palabra a servir a la acción» (Ch. Bally, *El lenguaje y la vida*, Buenos Aires, 1967, pp. 23 y 25).

⁶ *Filosofía del lenguaje*, p. 16.

ante una honda y fecunda concepción del lenguaje, «lo más hermoso y sugestivo que sobre esta provincia del espíritu se ha escrito en lo que va de siglo»⁷.

Pero aún el filólogo navarro hará en su Prefacio una reiterada proclama personal acerca de la lingüística en tanto ciencia del espíritu⁸; Amado entiende correlativamente el lenguaje como «espíritu objetivo» o «espíritu objetivado», según le parece más propio decir, y así manifiesta en un párrafo nítido: «Atendiendo a la idea del espíritu objetivo se verá en lo que la lengua tiene de culturalmente establecido, de convencional, fijo, sistemático y comunal, no ya el hielo de la muerte, sino una interna tensión vital: ... la autonomía de [las formas de sentido (una frase)] es relativa, pues tal sentido sólo tiene existencia por venir intencionalmente de un espíritu subjetivo (creador, diría Vossler) y sólo se cumple por recibirlo comprensivamente otro espíritu subjetivo (recreador, insistiría Vossler)». La creación resulta por igual necesaria —pues— para hablar y para comprender, y de ahí que no pueda dejarse de hacer intervenir en lo filológico el espíritu real y concreto de los hablantes⁹.

Ante el positivismo, mantiene Amado Alonso que tanto el contenido significativo total como el uso del lenguaje, no consienten que se trate al idioma de una manera desespiritualizada ni despersonalizada; la lingüística —viene a mantener— es una ciencia del espíritu. Y las «ciencias del espíritu» en la acepción diltheyana cuando menos (glosa Ferrater) «no son simplemente un conjunto de disciplinas literarias, morales y políticas, sino un grupo de ciencias caracterizadas por un método: el método «científico-espiritual»¹⁰.

Excursus final

Permítasenos referirnos, haciendo punto y aparte, a otro positivismo más reciente, el del puro recuento de estructuras formales en la literatura; al mismo se ha referido hace no mucho Georges Mounin en un libro que tiene observaciones sensatas¹¹.

Mounin denuncia lo que podríamos llamar un mero «crecimiento» científico que no ha consistido verdaderamente en «desarrollo» del saber;

⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁸ Ortega y Gasset propone que a la Historia, «la Retórica y Poética, la Ética, la teoría o filosofía del Derecho, la Economía política, la Sociología, la Hermenéutica, el estudio de las Religiones... se les llame sencillamente “humanidades”» («Prólogo...» p. 63).

⁹ *Filosofía del lenguaje*, p. 19.

¹⁰ José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Alianza Ed., 1979, pp. 820a-824a y 1015b-1020b

¹¹ G. Mounin, *La literatura y sus tecnocracias*, trad. cast., Madrid, 1984.

los sucesivos análisis —se diría— se han quedado en pura tecnocracia formal, en finalidad por sí misma en vez de estrategia para la interpretación: «En una novela (escribe el profesor francés), en un poema, en una obra de teatro, se encuentran decenas, incluso centenas de estructuras. Buscarlas y descubrirlas puede ser un agradable ejercicio intelectual», pero «todavía queda por averiguar desde qué punto de vista es pertinente la estructura descubierta: es decir, nos falta descubrir su función», cuáles de esas estructuras y cómo llevan al lector la emoción estética¹². No basta el análisis de lo no pertinente, sino que hay que quedarse con lo que sí lo es, e interpretarlo desde el punto de vista del todo de la obra.

En distintas páginas de su libro insiste Mounin en lo mismo, a saber, en que «una estructura (y en una obra se pueden encontrar cientos, hasta miles) sólo tiene interés... *si tiene una función evidente en la obra*»; si lo ignoramos, la búsqueda de ocurrencias de estructuras se quedará en principio de explicación tan estéril e inútil como el más antiguo de búsqueda de fuentes. «Los géneros literarios —sugiere con agudeza nuestro autor— poseen estructuras universales que sirven de molde a las buenas y a las malas obras; el hecho es tan real, que se podrían definir estas últimas como aquellas en las cuales operan estructuras (copiadas retóricamente) carentes de cualquier función literaria»¹³.

Todo lo que no sea apuntar hacia la cualidad estética de un texto resulta auxiliar, y ello —le parece a Mounin junto con otros autores— a partir de lo que como lectores sacamos de la lectura, esto es, indagando en el por qué artístico de todo aquello que nos haya llamado la atención y emocionado estéticamente: «la lectura directa, vital, o lo vital de la lectura, la autoindagación del lector en tanto que lector, constituye la única base posible de todo trabajo que esté en función de la ciencia de la literatura»¹⁴. Se trata —en definitiva— de no dejarse aprisionar por la pura técnica del análisis, de no hacer fin de lo que es «medio», de tener intacta la sensibilidad para no arrastrarse por la pura tecnocracia. Con ella no se da desarrollo científico en los saberes filológicos (y en cualesquiera otros), sino crecimiento que sin más no sirve para nada. Saber es comprender.

¹² *Loc. cit.*, pp. 42-44.

¹³ *Ibid.*, pp. 50-51.

¹⁴ *Ibid.*, p. 124.